

## **Domingo 14 del Tiempo Ordinario**

### **+ Lectura del santo Evangelio según San Lucas**

*En aquel tiempo designó el Señor otros setenta y dos, y los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir él. Y les decía: La mies es abundante y los obreros pocos: rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros a su mies. ¡Poneos en camino! Mirad que os mando como corderos en medio de lobos. No llevéis talega, ni alforja, ni sandalias; y no os detengáis a saludar a nadie por el camino. Cuando entréis en un casa, decid primero: “Paz a esta casa”. Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros. Quedaos en la misma casa, comed y bebed de lo que tengan, porque el obrero merece su salario. No andéis cambiando de casa. Si entráis en un pueblo y os reciben bien, comed lo que os pongan, curad a los enfermos que haya, y decid: “Está cerca de vosotros el Reino de Dios”.*

*(Cuando entréis en un pueblo y no os reciban, salid a la plaza y decid: “Hasta el polvo de vuestro pueblo, que se nos ha pegado a los pies, nos lo sacudimos sobre vosotros”. “De todos modos, sabed que está cerca el Reino de Dios”. Os digo que aquel día será más llevadero para Sodoma que para este pueblo.*

*Los setenta y dos volvieron muy contentos y le dijeron: Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre.*

*Él les contestó: Veía a Satanás caer del cielo como un rayo.*

*Mirad: os he dado potestad para pisotear serpientes y escorpiones y todo el ejército del enemigo. Y no os hará daño alguno. Sin embargo, no estéis alegres porque se os someten los espíritus; estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el cielo.)*

**Palabra del Señor**

# Homilias

(A)

Un acarreador de agua tenía dos grandes vasijas para llevar el agua a casa de su patrón.

Una vasija era perfecta y llegaba a casa llena de agua. La otra tenía algunas grietas y llegaba medio vacía. Ésta avergonzada le dijo un día a su patrón: "Estoy avergonzada y me quiero disculpar contigo porque debido a mis grietas sólo puedo entregar la mitad de mi carga y sólo obtienes la mitad del valor que deberías recibir".

El acarreador le dijo a la vasija agrietada: "Cuando regresemos a casa, quiero que mires las bellas flores que crecen a lo largo del camino". Así lo hizo. Vio las flores pero aún así se sintió apenada.

El aguador le dijo: "¿Te diste cuenta de que las flores sólo crecen de tu lado del camino? Siempre he sabido de tus grietas y sembré semillas de flores por donde tú ibas para que las regaras todos los días y así he podido recoger estas hermosas flores para la mesa de mi Maestro. Si no fueras exactamente como eres, con todos tus defectos, no hubiera sido posible crear esta belleza.

Jesús se dirige a Jerusalén donde la gloria y el fracaso, la vida y la muerte están en juego.

Lucas nos dice que Jesús envió por delante a setenta y dos mensajeros para que prepararan a los habitantes de las ciudades y pueblos por donde iba a pasar.

Setenta y dos no es un número matemático, simboliza que la misión es universal, simboliza a toda la iglesia y a todos los cristianos.

Todos, vosotros también, sois enviados como embajadores de Cristo para preparar los corazones y así puedan dar la bienvenida a Jesús que quiere visitar nuestras calles y barrios.

Vosotros y yo, a pesar de nuestros fallos, somos hoy esos setenta y dos. Jesús cuenta con nosotros para llevar el agua de su amor a todos los hermanos.

Venimos a la fuente, a la iglesia, para llenar nuestro tanque con el entusiasmo y la fe, para recordarnos que la mies es mucha y los obreros pocos. Sería estupendo si además de ganarnos el pan de cada día honradamente fuéramos testigos de Jesucristo de palabra y de obra.

Me decía un feligrés que durante la semana solía compartir el evangelio y la homilía con los compañeros de trabajo. ¿A qué es bonito? El domingo llena el tanque y luego riega a los otros en el camino de la vida. Os invito a hacer lo mismo esta semana.

La misión es universal. Es mi misión, su misión, la de todos, "Jesús los envió de dos en dos".

Vemos a los hermanos de otras religiones ir de dos en dos ofreciendo una Biblia nueva, una iglesia nueva, una fe nueva.

Para nosotros "de dos en dos" significa más que una manera de hacer prosélitos o proclamar el mensaje.

Para nosotros "de dos en dos" significa que la fe tiene que ser vivida en comunión con los hermanos, que la fe, la eucaristía y la salvación no es un asunto privado sino que pertenece a toda la comunidad.

A veces oigo a la gente que dice: yo rezo, yo creo en Dios, incluso bailo para Dios...

El "yo" tiene que disminuir y el "nosotros" tiene que crecer, si queremos hacer el trabajo de Dios. Aquí, en la asamblea eucarística, brilla el nosotros ampliado y santificado por Jesús que nos reúne y nos envía a todos como obreros de su cosecha.

Jesús los envió y nos envía sin dinero, sin talega...

Y nos envía como corderos en medio de lobos para recordarnos que siempre necesitamos escuchar, mirar y seguir al pastor, a Jesús.

Para hacer el trabajo de Dios no necesitamos poder ni millones ni doctorados ni mucho equipaje... Para hacer el trabajo de Dios necesitamos el poder de Dios. Una profunda relación con el que nos envía es más importante que cualquier otra cosa. Los discípulos tienen que recordar que es Dios quien tiene que trabajar a través de nosotros. Nunca debemos caer en la tentación de creer que la misión y el éxito es nuestro. Todos somos pecadores, tarros agrietados y el agua de la salvación que llevamos es obra de Dios.

"Paz a esta casa" sea vuestro saludo. Este fue el saludo de Jesús. Paz es plenitud, armonía, bienestar, amistad con Dios y con los hermanos. Paz es la gran bendición de Dios. Y la tenemos que llevar a todos y ser felices constructores de la paz.

Nosotros somos tinajas agrietadas y nos usa de diferentes maneras.

No deberíamos avergonzarnos de nosotros. No es cuestión de cuanto valemos o de cuán perfectos somos, es cuestión de disponibilidad.

La gente adquiere muchas habilidades. En el servicio de Dios hay una habilidad que es la más grande y necesaria de todas. La disponibilidad. Si no estamos disponibles para Dios, por más habilidades que tengamos no sirven de nada.

Hay personas que piensan que Dios no las puede usar porque no tienen grandes habilidades o talentos especiales.

Dios nunca nos preguntará por nuestras habilidades, sólo nos preguntará si estamos disponibles para trabajar para Él, para ser su embajador

## **(B)**

Con frecuencia, entendemos la evangelización de manera excesivamente doctrinal. Llevar el evangelio sería dar a conocer

la doctrina de Jesús a quienes todavía no la conocen o la conocen de manera insuficiente.

Si entendemos las cosas así, las consecuencias son evidentes.

Necesitamos, antes que nada, «*medios de poder*» con los que poder asegurar la propagación de nuestro mensaje frente a otras ideologías, modas y corrientes de opinión.

Además, son necesarios cristianos bien formados doctrinalmente, que conozcan bien la doctrina y sean capaces de transmitirla de la manera más persuasiva y convincente.

Necesitamos estructuras, técnicas y pedagogías adecuadas para propagar el mensaje cristiano.

Por último, es importante el número de evangelizadores que con los mejores medios lleguen a convencer al mayor número de personas.

Todo esto es muy razonable y encierra, sin duda, grandes valores. Pero, cuando se ahonda un poco en la actuación de Jesús y en su acción evangelizadora, las cosas cambian bastante. El Evangelio no es sólo ni, sobre todo, una doctrina. El Evangelio es la persona de Jesús. La experiencia humanizadora, salvadora, liberadora que comenzó con Jesús.

Por eso, evangelizar no es sólo propagar una doctrina sino hacer presente en el corazón mismo de la sociedad y de la vida humana la fuerza salvadora del acontecimiento y la persona de Jesucristo. Y esto no se hace de cualquier manera.

Para hacer presente esa experiencia liberadora, los medios más adecuados no son los de poder y dominio sino *los medios pobres* de los que se sirvió el mismo Jesús. Solidaridad con los más abandonados, acogida a cada persona, perdón, creación de comunidad, ofrecer sentido a la vida...

Entonces, lo importante es contar con *testigos* en cuya vida se pueda percibir la fuerza humanizadora que encierra la persona de Jesús cuando es aceptada. Con ello no se rechaza la importancia de la formación doctrinal, pero sólo cuando está al servicio de la vida misma.

El testimonio tiene primacía absoluta. Las estructuras, instituciones y técnicas son importantes en la medida en que son necesarias para sostener la vida y el testimonio de los creyentes. Por eso, lo más importante no es tampoco el número sino la *calidad* de vida de la comunidad que puede irradiar fuerza evangelizadora.

Quizás debamos escuchar con más atención las palabras de Jesús a sus enviados: «No llevéis talega ni alforja ni sandalias».

### (C)

Pide Jesús a sus discípulos que pasen por los pueblos y lugares contagiando paz. Tarea nada fácil, pues sólo quien la posee en su corazón puede comunicarla de verdad.

Las vacaciones son, sin duda, momento privilegiado para reconstruir esa paz interior, a veces, tan maltrecha. He aquí algunas sugerencias para quien quiera descansar de una manera diferente.

*Experimentar el silencio.* Tal vez sea bueno olvidarnos por unos días de la TV y la radio. Nuestro espíritu lo agradecerá. Mejor todavía si sabemos encontrar de vez en cuando algún rincón tranquilo (la sombra de un bosque, la orilla de un río, la paz de una ermita...) para «estar en silencio», sin prisas. El silencio nos revelará muchas cosas. Descubriremos nuestra agitación interior y nuestras tensiones. Sentiremos la necesidad de vivir de otra manera. El silencio relajado es siempre fuerza transformadora y fuente de paz.

*Sentir nuestro cuerpo.* La mayor parte del tiempo vivimos «en nuestra cabeza», olvidados absolutamente de nuestro cuerpo, crispado y tenso por las mil preocupaciones de cada día.

Hagamos una experiencia nueva al menos durante unos días: sentir nuestro cuerpo, respirar conscientemente y con calma, tomar conciencia de las diversas sensaciones, sentarnos de

manera relajada, pasear sintiendo nuestro caminar.

Descubriremos con más fuerza la alegría de sentirnos vivos.

*Gustar la vida.* Por lo general, tendemos a acumular en nuestro interior las experiencias negativas, sin detenernos ante lo bueno y bello de la vida.

¿Por qué no dedicar unos días a vivir más despacio, gustando las cosas pequeñas y saboreando agradecidos tantos placeres sencillos que ofrece el vivir diario? Quedaremos sorprendidos de todo lo que se nos regala de manera constante.

*Aprender a mirar.* Casi siempre corremos por el mundo sin captar apenas la vida que llena el cosmos y sin abrimos al misterio que nos envuelve.

Es bueno tomarse tiempo para aprender a mirar el entorno más despacio y con más hondura. No se trata de afinar los sentidos, sino de captar la vida que palpita dentro de las personas, los seres y las cosas, y escuchar su eco en nosotros.

*Sanar los recuerdos dolorosos.* Para recuperar la paz es necesario curar las heridas que nos hacen sufrir interiormente. Liberarnos de los recuerdos dolorosos del pasado y de las amenazas del futuro.

Es un verdadero arte vivir plenamente el momento presente, aquí y ahora. El creyente lo aprende desde la fe: el pasado pertenece a la misericordia de Dios; el futuro queda confiado a su bondad.

## (D)

«¿Cuál es el papel de la Iglesia y del cristiano en el siglo XX?».

¿Os suena la pregunta? Como suele decirse en estos casos: *es la pregunta del millón*. Podemos afirmar que ha sido la pregunta más repetida durante todo el siglo, especialmente después del Vaticano II.

Hemos iniciado ya el siglo XXI, el tercer milenio, y continuamos planteándonos la misma cuestión: «¿Cuál es el papel de la Iglesia y del cristiano en el siglo XXI?». y hacemos bien, porque, en

definitiva, de su respuesta depende el que cumplamos con nuestra misión cristiana, es decir, con la tarea que Jesús nos ha encomendado para continuar su obra salvadora a través de los tiempos.

Efectivamente, hemos de saber *en qué mundo vivimos* y debemos conocer, cuanto más mejor, qué es lo específico que hemos de aportar para llevar el evangelio y la salvación de Cristo a las estructuras y a las gentes de nuestro tiempo.

Pero, por una parte, nos encontramos codo a codo con otras muchas gentes y organizaciones que, desde planteamientos no cristianos e incluso ni siquiera religiosos -ONG, asociaciones, plataformas, coordinadoras-... , mantienen muchos puntos de coincidencia con nuestros objetivos cristianos de paz, de justicia, de solidaridad... Es lógico entonces que nos preguntemos: «¿Qué puede aportar un cristiano? ¿Qué añade el ser cristiano a dichos quehaceres?». Porque corremos el riesgo de que nuestro sentido cristiano quede tan diluido que lleguemos a la conclusión de que da igual ser cristiano o no serlo.

Por otra parte, al ver que las estructuras eclesiales están tan bien organizadas y extendidas por todos los rincones del mundo, corremos otro riesgo: el de instalarnos cómodamente y pensar que nuestra misión es dispensar salvación a través de nuestros despachos, oficinas, parroquias, organizaciones religiosas, departamentos sociales, obras de caridad... etc.

Comenzando por lo último, diremos que todo eso está muy bien. Como está muy bien -¡y bendita la hora!- el haber incorporado a nuestros medios de evangelización los últimos adelantos de la técnica audiovisual, y hasta el habernos introducido en Internet. Pero todo ello son *medios para...*; y el *para*, el fin, el objetivo, la misión, *nuestra misión cristiana* es lo que hemos de redescubrir y replantear continuamente para ser fieles al *envío* del Señor.

Para ello necesitamos volver una y otra vez al evangelio y escuchar y desentrañar el mensaje de Jesús. El evangelio de hoy es una pieza ideal, porque la misión a que Cristo envía a los



setenta y dos discípulos es la misma que nos encomienda a todos sus seguidores.

Y lo primero que aprendemos es que el Señor no se instala en un despacho de Jerusalén, pongamos por caso, ni lo hace con los suyos. Siempre en camino, siempre en búsqueda de las gentes. Él y sus enviados. «Designó el Señor otros setenta y dos y los mandó a todos los pueblos y lugares a donde pensaba ir él... "¡Poneos en camino!"». Son los sitios en los que viven los hombres donde el cristiano ha de desarrollar su misión. Ha de salir a su encuentro. Ha de caminar con ellos. Ha de participar de su misma existencia.

«Los mandó de dos en dos». Aunque cada uno debemos desempeñar nuestra propia tarea, no podemos olvidar la dimensión comunitaria del creyente. En la comunidad, en la parroquia, en los grupos de apostolado, recobramos el ánimo, revisaremos nuestras actividades y celebraremos en comunión de fe y esperanza nuestra opción de vida cristiana.

Y llevaremos la paz. «Cuando entréis en una casa, decid primero: paz a esta casa». Portadores de paz. Mensajeros de la paz». El don del Señor resucitado, «Paz a vosotros», es el don a transmitir como primera buena nueva por sus enviados. El evangelio es siempre portador de paz, de gozo, de esperanza. El cristiano nunca debería aparecer como una persona triste, y menos aún pesimista y catastrofista. Las únicas alforjas que debe llevar son las de su corazón lleno de esperanza. y con esa esperanza ha de transmitir el núcleo de su mensaje: «Está cerca de vosotros el Reino de Dios».

*El Reino de Dios.* He ahí la gran noticia a comunicar: sus valores de trascendencia, de convivencia fraterna, de solidaridad en comunión, de hermandad universal entre pueblos y gentes. Y la presencia comprometida de Dios en su proyecto, y el anticipo de la realidad ya conquistada por Cristo en ese Reino de justicia, de paz y de amor, inaugurado en su resurrección. Naturalmente que la implantación del Reino de Dios entrará en conflicto con el imperio del mal que domina el mundo: «Mirad que os mando

como corderos en medio de lobos». Pero nadie ni nada, en medio de la prueba y de la dificultad, podrá arrebatarle al creyente la paz y la misericordia de Dios» que san Pablo pedía para todos los que vivan como él: «Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Segunda lectura). «¿Cuál es el papel del cristiano en el mundo de hoy?», comenzábamos preguntando al principio. Pues justamente revelar esa dimensión trascendente y esperanzadora del Reino de Dios que Cristo conquistó y que nos encomienda implantar en el mundo. Somos *mensajeros de la paz y portadores de esperanza* para que ese Reino llegue como buena noticia a los pobres y como salud y respuesta a los enfermos y necesitados: «Curad a los enfermos que haya, y decid: "Está cerca de vosotros el Reino de Dios"».

El Señor nos envía. Pero va con nosotros. Ahora mismo, en la eucaristía, repite aquella escena de alegría, compartida con los discípulos que volvieron gozosos de cumplir con su misión. Y nos dice: «Estad alegres, porque vuestros nombres están inscritos en el cielo».

### (E)

Al leer el Evangelio de hoy me viene a la mente un recuerdo de mi infancia. En el pueblo, digamos en la aldea, no había fuentes de trabajo. Por eso, cuando llegaba el verano, el tiempo de la siega, la aldea se quedaba casi vacía de hombres y mujeres. Todo el que podía hacer algo se iba a Castilla para segar el trigo. Era un tiempo feliz donde la gente podía ganarse “alguno”, que para una aldea era mucho.

Los años han pasado y hoy nadie va a segar a Castilla. Las máquinas modernas han suplantado a las personas. Los amplios campos de trigales de Castilla ya no están para que ser segados con la hoz ni empacados en pequeños paquetes de paja con su espiga. Hoy todo lo hace la máquina. Siega, trilla y empaca. Han cambiado los tiempos.

Me pregunto ¿qué diría Jesús hoy si vieran estas tremendas máquinas segadoras que lo hacen todo? El mundo es más grande que Castilla. Y las mieses siguen siendo abundantes. Lo que sucede es que estas mieses en las que piensa Jesús no pueden segarse con la hoz ni con las máquinas. La imagen de la “mies” es realmente significativa. Y sigue siendo válida. Y eso de los “obreros son pocos” tampoco creo que ha perdido su actualidad.

Pero, no puedo olvidar lo de la siega de mis tiempos de los trigos de Castilla. Los campos siguen siendo los mismos. Los trigales posiblemente son muchos más en el día de hoy. Pero han cambiado los sistemas.

Me sigo preguntando, ¿y nosotros seguiremos siendo los segadores de hace tantos años o no tendríamos que cambiar también de sistemas? Es posible que hace unos años los obreros de los campos y las mieses del Señor tuviesen su manera de sembrar y de segar. Pero también hoy han cambiado mucho las cosas.

Los hombres siguen siendo los mismos, pero también diferentes. Las inquietudes y problemas de los hombres siguen siendo los mismos, pero también diferentes.

El corazón de los hombres sigue siendo el mismo, pero también diferente.

Antes se podía llevar un sermón repetido en infinidad de sitios, prescindiendo de la realidad de cada situación.

Se podía hablar sin tener en cuenta la realidad de cada corazón y de cada mente.

Hoy posiblemente esto ya no sirva. Tampoco nosotros podemos trabajar la mies del Señor con la antigua hoz. Y necesitamos cambiar de sistema. Tal vez no nos sirvan las nuevas máquinas segadoras de Castilla, pero sí necesitamos buscar los nuevos modos y sistemas de acercarnos a los hombres y de anunciar el Evangelio. Es posible que ya no nos sirvan los sermones del pasado y tengamos que redactar sermones nuevos,

pero primero escuchando a los hombres, entrando en sus corazones, en su mundo, en sus preocupaciones y problemas. Es más. Tal vez ya no nos sirva el sistema de contar con grandes masas que nos escuchen y tengamos que acercarnos a cada uno en particular y hablarle a cada uno el lenguaje que él pueda entender. Nadie cuestiona hoy en Castilla que antes se segaba todo con la hoz y se necesitaba de mucha gente. Tampoco nadie debiera cuestionar hoy el cambio de nuestra manera de proclamar y anunciar el Evangelio hoy.

Tal vez hoy no necesiten de sermones, pero sí de alguien que les escuche primero.

Tal vez hoy no necesiten de muchas palabras, pero sí de alguien que les tienda una mano y los acompañe en el camino como Jesús con los dos de Emaús.

Tal vez hoy no necesiten de muchos discursos dichos desde los púlpitos de las Iglesias, pero sí de más encuentros personales en la calle, en el hogar, en la oficina o incluso en su mundo de diversión.

Tal vez hoy no estén dispuestos a que les demos nuestras ideas, sino que les ayudemos a que sean ellos mismos los que se encuentren con el Evangelio.

Pero, claro, esto es posible que requiera de muchos más obreros. Y nos convierta a todos en segadores, aunque yo preferiría decir que, más que segadores, que a todos nos encanta segar lo que ya está maduro, el Evangelio necesite hoy de más sembradores.

Se necesite más de una pastoral personal, capilar, de contacto individual.

Se necesite más de una pastoral de siembra.

Se necesite más de una pastoral de acompañamiento hasta que la gente encuentre por sí misma su verdad y sus respuestas.

Recordemos a la Samaritana del pozo. Luego de abrirles el camino para el encuentro con Jesús, todos dicen felices: “ahora creemos no porque tú nos lo has dicho, sino porque nosotros mismos lo hemos visto”.

Los hombres son los mismos.

El Evangelio también es el mismo.

Los caminos son diferentes.

Los métodos son distintos.

Y los encargados de anunciar el Evangelio, la Iglesia, también debemos ser distintos.

Las máquinas han suplido mucha mano de obra. Pero el Evangelio necesita cada día más obreros, más mano de obra. Las máquinas han dejado a muchos sin trabajo. El anuncio del Evangelio necesita cada día más trabajadores. En esa mies del Señor, todos tenemos algo que hacer. Todos estamos llamados e invitados. Aquí nadie podrá decir que no tiene empleo o trabajo.

**P. Juan Jáuregui Castelo**